

PR 4622

HH 6

56

EL PERRO DE BASKERVILLE

I

Sherlock Holmes, que acostumbraba á levantarse muy tarde (á no ser en aquellas ocasiones, harto frecuentes, en que no se acostaba en toda la noche), se hallaba tomando el desayuno. Yo, de pie ante la chimenea, examinaba el bastón que había dejado olvidado nuestro visitante de la noche anterior. Era un hermoso palo de madera muy grueso, con el puño abultado, debajo del cual veíase ancha faja de plata con la siguiente inscripción: *A Jaime Mortimer, M. R. C. S.; recuerdo de sus amigos del C. C. H., 1884.* El clásico bastón era de los antiguos médicos de familia, grave, sólido, respetable.

—Bien, Watson. ¿Y qué opina usted de ese bastón?

Holmes estaba de espaldas á mí. Yo no había proferido una palabra que pudiera darle la menor idea de lo que hacía.

—Pero ¿cómo sabe usted lo que hago?—pregunté con asombro.—¿Tiene usted los ojos en el cogote?

—Lo que tengo—repuso Holmes, es una cafetera de plata bruñida delante de mí. Pero dígame, amigo, Watson, ¿qué ideas le sugiere á usted el bastón de nuestro visitante? Ya que no tuvimos la fortuna de encontrarnos con él, y careciendo como carecemos de todo indicio acerca del asunto que le trae aquí, ese objeto de uso personal adquiere cierta importancia. Veamos cómo reconstruye usted al hombre por el examen de su bastón.

—Creo—contesté siguiendo en todo lo posible el sistema de mi amigo,—que el doctor Mortimer debe ser un hombre de cierta edad y muy apreciado, toda vez que sus amigos le hacen este obsequio como prueba de estimación.

—¡Bien val!—exclamó Holmes.—¡Excelente!

—Creo también—continué diciendo,—que es lo más probable que sea médico de provincia, y que debe hacer sus visitas casi siempre á pie.

—¿Por qué?

—Porque el bastón, aunque cuando lo compraron fuera muy hermoso, está tan estropeado que no creo que ningún médico de Londres lo llevaría. La contera está también muy desgastada, lo que hace suponer que ha andado mucho con él.

—Perfectamente—dijo Holmes.

—Por otra parte hay que fijarse en estas letras C. C. H. Me figuro que serán las iniciales de alguna sociedad, cuyos individuos le hicieron este regalo en agradecimiento de algún importante servicio facultativo.

—No puedo menos de reconocer, Watson—dijo Holmes animándose un poco—que se excede usted. Siempre que ha escrito usted sobre mis insignificantes obras ha hecho usted caso omiso de sus habilidades. Tal vez no es usted muy luminoso, pero en cambio es un buen conductor de luz. Hay personas que, sin ser un genio, tienen una manera especial de estimular el genio de los demás. Reconozco con toda franqueza, querido amigo, que en esta ocasión debo á usted mucho.

Jamás me había Holmes ensalzado tanto, y sentí verdadera satisfacción al oír sus palabras.

Más de una vez me había molestado la indiferencia con que respondía á la admiración que yo sentía por él, lo mismo que á cuantas tentativas hice para dar publicidad á sus sistemas. He de confesar, además, que me sentía orgulloso considerando que me había impuesto en su sistema lo suficiente para aplicarlo de modo que mereciese su aprobación.

Tomó Sherlock el bastón de mis manos y lo examinó detenidamente. Luego, haciendo un gesto de impaciencia, dejó el cigarrillo, y con el bastón en la diestra se acercó al balcón, donde volvió á reconocerlo con la lente convexa.

—Es muy interesante—observó,—pero muy elemental.

Y volvió á su rincón preferido del sofá.

—El bastón—prosiguió luego,—no deja de ofrecernos algún indicio, alguna base, para hacer más de una deducción.

—¿Se me ha escapado algo?—pregunté dándome cierto aire de importancia.—No quisiera que hubiese pasado una señal inadvertida.

—Mucho temo, mi querido Watson—contestó mi amigo—que todas sus observaciones sean erróneas. Al declarar que alumbra usted mis ideas quise decir que, al fijarme en sus errores, me veo guiado hacia la verdad. Esto no es manifestar que esté usted totalmente equivocado en esta ocasión. No me cabe duda de que el hombre es médico de provincia.

—¿Entonces tuve razón?

—Hasta cierto punto.

—¿Nada más?...

—Hay mucho más, mi querido Watson. Por mi parte opino que es más probable que se haga un regalo á un médico en un hospital que en una sociedad, y cuando las iniciales C. C. se hallan colocadas ante una H, recuerda uno con la mayor naturalidad el *Charing Cross Hospital*.

—Es posible que tenga usted razón.

—Por lo menos es probable. Y si tomamos esto como hipótesis para investigar, ya tenemos otra base en que apoyarnos á fin de construir á nuestro incógnito visitante.

—Pues bien; suponiendo que, en efecto, las iniciales se refieran al *Charing Cross Hospital*, ¿qué otras consecuencias saca usted?

—¿No se le ocurre á usted ninguna? Ya conoce usted mi sistema, Watson; aplíquelo.

—Sólo se me ocurre una cosa: que el médico haya

ejercido su profesión en Londres antes de retirarse á provincias.

—Creo que podemos sacar algo más. Considérelolo usted desde el siguiente punto de vista: ¿En qué ocasión sería probable que se hiciese un regalo así? ¿Con qué motivo se reunirían los amigos para darle una prueba de afecto? Indudablemente sería en el momento en que se retiraba el doctor del servicio del hospital para atender á una clientela exclusivamente suya. Sabemos fijamente que el obsequio se hizo; creemos que el doctor abandonó el hospital para ir á provincias: ¿le parece á usted, pues, que exageramos al suponer que el regalo se hizo en aquella época?

—Verdad es que parece muy probable—respondí.

—Pues bien, fijese usted ahora en este otro detalle. El médico no ha podido pertenecer al cuerpo oficial de sanidad del hospital, porque sólo les está permitido eso á los que tienen asegurada una buena clientela en Londres, y teniéndola él no la abandonaría para ir á provincias. En este caso, ¿qué situación era la de Mortimer allí? Estando en el hospital y no perteneciendo al cuerpo médico, sólo puede haber sido cirujano interno ó médico de casa; en fin, poco más que practicante. Salió del hospital hace cinco años, según la fecha grabada en la sortija del bastón. De manera que el facultativo de cierta edad se desvanece completamente, amigo Watson, y en su lugar aparece un joven de menos de treinta años de edad, de carácter amable, poco ambicioso y dis-

traído, dueño de un perro que, para describirlo brevemente, diría yo que es mayor que un ratonero y más pequeño que un mastín.

No pude menos de reirme mostrando cierta incredulidad al oír esto, mientras Sherlock Holmes, reclinado en el sofá, lanzaba al aire ondulantes nebulillas de humo.

—En cuanto á la última observación, Holmes—dije,—no tengo medios para combatirla; pero por lo menos, no será difícil averiguar detalles acerca de la edad y la carrera que ha hecho el tal Mortimer. Vamos á buscarlos.

Cogí de mi estantería el *Directorio Médico* y busqué el nombre. Había varios Mortimers, pero solamente uno se ajustaba á la idea que nos habíamos forjado del doctor. En alta voz leí la mención que se hacía de él: «Mortimer, Jaime (Miembro de la Real Academia de Cirujía), 1882. Grimpen Dartmoor [Devon, Cirujano interno en el hospital de *Charing Cross*, de 1882 á 1884; Médico oficial de las tres parroquias de Grimpen, Thorsley y High Barrow».

—Justo—exclamó Holmes,—médico de provincia, lo que muy sagazmente adivinó usted. Esto me hace suponer que tengo razón en mis conjeturas. En cuanto á los adjetivos dije, si mal no recuerdo, amable, poco ambicioso y distraído. Mi experiencia en el mundo me ha demostrado que sólo á los hombres de carácter amable les hacen sus amigos regalos por este estilo. Sólo un hombre sin ambición abandona a carrera en Londres para irse á provincias, y única-

mente un distraído deja el bastón, en vez de la tarjeta, después de estar esperando una hora.

—¿Y el perro?...

—Ha tenido la costumbre de seguir á su amo llevando el bastón en la boca. Como es de peso, el perro lo agarra siempre por la mitad, y allí ha dejado bien marcados sus dientes. La quijada del animal, á juzgar por la distancia que media entre una marca y otra, es demasiado ancha para ser de un ratonero y demasiado estrecha para ser de un mastín. Podría ser... y es, un sabueso de pelo rizado.

Mientras decía esto se había levantado del sofá y daba paseos de un lado á otro de la habitación, hasta que, por fin, se detuvo en el hueco de la ventana. En la voz noté una convicción tan grande que levanté la vista mirándole con asombro.

—Pero, amigo mío—dije—¿cómo lo sabe usted tan fijamente?

—Por la sencilla razón de que en este momento estoy viendo al perro en la puerta de entrada y oigo que llama el amo. No se marche usted, Watson. Es compañero suyo de profesión y tal vez me sea útil la presencia de usted. He aquí uno de los momentos críticos del destino del hombre; cuando se oyen en la escalera los pasos de una persona que se ha de mezclar en la vida de uno, sin que sepamos si es para bien ó para mal. ¿Qué querrá el doctor Jaime Mortimer, hombre de ciencia, de Sherlock Holmes, especialista en la divulgación de crímenes? ¡Adelante!

La presencia de nuestro visitante me cogió de sorpresa, toda vez que yo esperaba ver el tipo característico del médico de provincia. Era muy alto y sumamente delgado, de nariz larga y aguileña y ojos pequeños y grises, de mirada penetrante, que se destacaba á través de las gafas con armazón de oro.

Vestía el traje usual de los hombres de su profesión, aunque su modo de vestir pecaba de negligente y descuidado. La levita estaba algo ajada y el pantalón deshilachado por los talones. Era todavía joven, pero algo encorvado de hombros y al andar echaba la cabeza hacia adelante. En su rostro adivinábase un carácter amable y benévolo. En cuanto abrió la puerta vió el bastón que Holmes tenía en la mano y corrió á apoderarse de él lanzando una exclamación de alegría.

—¡Cuánto me alegro!—dijo.—No estaba seguro de si lo había dejado aquí ó en casa del corredor. Por nada del mundo quisiera perder ese bastón.

—Veo que es un regalo.

—Sí, señor.

—Del hospital de *Charing Cross*.

—Un recuerdo de los amigos que tengo allí. Me lo regalaron cuando me casé.

—¡Caramba, esto se pone mal!—exclamó Holmes moviendo la cabeza.

El doctor le miró sorprendido.

—¿Cómo que se pone mal?—preguntó.

—Quiero decir que esa es una de las cosas que no

habíamos adivinado—replicó Holmes.—¿De modo que fué con motivo de su boda?...

—Sí, me casé, y, naturalmente, tuve que abandonar el hospital. Con ello perdí las esperanzas de tener una clientela fija, pero me era necesario crear-me un hogar.

—¡Vaya, vaya! Por fin resulta que no íbamos des-caminados del todo. Y ahora, doctor...

—Dispense usted, señor Holmes; no soy más que humilde individuo de la Academia Real de Cirujía.

—Y hombre de espíritu bien cultivado indudablemente.

—Sólo un aficionado á la ciencia, Sr. Holmes. Un simple mortal que se dedica á recoger conchas en las orillas de ese gran océano desconocido. Y á todo esto, supongo que tengo el gusto de dirigirme al Sr. Holmes y no...

—No, este es mi amigo Watson.

—Tanto gusto en conocerle, Sr. Watson. Con frecuencia he oído pronunciar su nombre unido al de su amigo. Me interesa usted profundamente, señor Holmes. No esperaba ver un cráneo tan dolicocefálico ni un desarrollo supraorbital tan perfectamente marcado. ¿Tendría usted inconveniente en que pasara la mano por el hueso parietal? El molde de su cráneo, Sr. Holmes, mientras no pueda obtenerse el original, sería una adquisición para cualquier museo antropológico. No quisiera ser molesto, pero, francamente, envidio su cráneo.

Con un gesto de la mano indicó Holmes á nuestro estrambótico visitante que se sentase.

—Veo—dijo—que es usted entusiasta de su modo de pensar, como yo lo soy del mío. Su índice me demuestra que acostumbra usted á hacer sus cigarrillos. Sírvase encender uno cuando guste.

El médico sacó papel y tabaco y lió un pitillo con extraordinaria rapidez.

Tenía los dedos muy largos é inquietos, ágiles como las antenas de un insecto.

Holmes permanecía callado, pero las penetrantes miradas que dirigía al médico me probaban que sentía vivo interés por Mortimer.

—Supongo, caballero,—dijo por fin—que algo más que el propósito de examinar mi cráneo le habrá hecho á usted venir á mi casa anoche y hoy.

—Efectivamente, he venido á consultar á usted, señor Holmes, porque me preocupa la resolución de un problema tan serio como importante. Reconociendo que en Europa es usted el segundo perito...

—¿De veras?—interrumpió Holmes.—¿Me permite usted preguntar quién tiene el honor de ocupar el primer puesto?...

—El hombre de ciencia Bertillón, cuyos trabajos son notabilísimos y llaman la atención de todos.

—En ese caso, ¿no sería mejor que consultase usted con él?

—He dicho, caballero, *el hombre de ciencia*. Como

práctico, usted es el primero y el único. Supongo que no se habrá usted ofendido...

—Un poco, un poco,—dijo mi amigo.—Pero pásémoslo por alto, doctor. Agradecería á usted que declarase, sin más preámbulos, cuál es el problema para cuya resolución necesita usted mi concurso.